

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO** *Revista de Modas*, por D.<sup>a</sup> Aurora Perez Miron.—*El ave amiga del hombre*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*No me olvides*, por D. F. Calvo y Teruel.—*Las aves del Gólgota* (poesia), por D. A. F. Grilo.—*La ciencia del corazon* (continuacion), por D.<sup>a</sup> Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINA**: *Figurin* núm. 809, bis.



## REVISTA DE MODAS.



A dicho un célebre escritor francés<sup>(1)</sup>, que siempre deberíamos vestir de un modo y de un mismo color para evitar las infinitas sorpresas, desagradables las mas, que producimos en las gentes que nos miran. Pero haciendo justicia al buen gusto de la mujer se apresura á añadir: «entiéndase que me refiero á los hombres, porque las mujeres siempre se visten bien, sobre todo las lindas.»

Despues de demostrar y agradecer la galantería del escritor francés, no podemos menos de convenir en lo que dice. En efecto, la mujer posee el secreto de parecer bien con todos los trajes, y tiene el privilegio de arrostrar hasta las escentricidades de la Moda sin que ésta pierda su prestigio. ¿Qué mucho que la Moda agradecida le ofrezca sus infinitos tesoros, y sin cesar se desvele en crear invenciones que realcen los encantos de sus afortunadas intérpretes?

Empiézanse á confeccionar graciosos vestidos de Primavera, cuando apenas se han dado los últimos toques á los severos de Semana Santa. En estos ha entrado por mucho el encaje y la pasamanería de medallones unidos por cadenas, género que parece destinado á figurar con gran favor en las confecciones primaverales: de este modo las telas de seda ligeras adquieren una riqueza inconcebible, y armonizando con singular acierto la sencillez y la grave-

dad, preparan el campo á los trajes vaporosos del Estío que les siguen de cerca. Esta pasamanería de medallones unidos por cadenas adornan los paletots, los cuerpos y las faldas, éstas mas bien que alrededor, en las costuras de la indispensable nesga.

La nesga domina sin rival, y los últimos modelos muestran sin vuelo la falda por arriba, y únicamente con dos tablas grandes por detrás en el talle: los adornos en ellas son casi nulos, y únicamente las pasamanerías y entredoses de guipure y Cluny perlados cubrirán las costuras hasta cerca del bajo de la falda, sobre todo en los trajes destinados á señora casada. Los de las jóvenes, lisos, sin adornos, sencillos como su sencillez, hija de los pocos años. Únicamente el cuerpo y las mangas pueden exigir algo de adorno, para lo cual les remitimos á lo anteriormente citado.

No obstante, para las reuniones que desde mañana volverán á disputarse á estas lindas flores de la sociedad, pueden permitirse trajes de mas rica combinacion, como por ejemplo, de glasé blanco con *ruches* blancos sobre otros rosa en las costuras nesgadas de la falda, ó sobre tarlatana ó tul con *ruches* ó bullones en el bajo, guirnaldas ligerísimas de flores en las costuras, nesgadas tambien; ¡nesgadas hasta las faldas de tul! Todo se somete á las exigencias de la Moda! Recomendamos el cuerpo María-Antonieta, cuadrado de escote y con manga justa hasta el codo, adornado de ricos encajes: esta hechura es de última novedad.

Las mangas de los trajes de calle se confeccio-

(1) Mr. de Perceval.

nan mas estrechas cada dia, favoreciendo esta moda á los cuellos y puños de forma Van-dyck; esto es, cuello puntiagudo y puños de puntas, que vuelven sobre la manga misma del vestido. En la lenceria empieza la de batista lisa á ceder su puesto al guipure de Cluny y al *punto de gasa*, y aun en la lenceria de mañana y trajes de confianza, se ven muchos juegos de batista con medallones de Cluny.

Los abrigos de Primavera reclaman ya nuestra atencion. ¿No es verdad que este es un asunto de interés capital? Un traje de la primavera anterior, una tela mas ó menos de moda, un vestido de invierno, puede alternar con las últimas confecciones que nos prepara la inteligente modista... ¡pero un abrigo! ¿Quién se permitiría llevar uno de forma pasada, aunque los demas accesorios del traje fuesen intachables? Preciso es rendir tributo á la necesidad, y adoptar en cada estacion el que marca el buen gusto. ¡Cada estacion tiene sus distintas galas; para cada una tiene sus distintas confecciones la Moda!

Los abrigos de esta Primavera serán paletots ceñidos, tan ceñidos que marquen todos los contornos del cuerpo y dejen libre la cintura. Se anuncian en grós Napoleon, en grós-grain, y en poulte de soie negro con disposiciones de encajes y pasamanerías del mejor gusto, una verdadera combinacion artistica! Algunos llevarán el cinturon encima, lo que favorece en extremo al talle, y para las jóvenes este cinturon irá adornado por detrás de caidas flotantes, lo que les imprime un sello de deliciosa coquetería. Los trajes de color llevarán asimismo paletot igual, aunque mas bien para este efecto seguirá adoptándose la aldeta postiza, que unida á un cinturon, se coloca sobre el talle redondo del vestido, transformándole de repente en paletot. Esta moda,

como todo lo útil, se ha recibido con gran favor por nuestras elegantes, y son pocos los trajes que no llevan esta cómoda adición, que suprime una prenda casi indispensable para completarle: constantes en nuestro deseo de ofrecer á nuestras lectoras todos los modelos de actualidad, será el primer patron que reciban el de estas graciosas aldetas.

Los peinados... ¡Confesamos nuestro temor al abordar esta delicada cuestion! Fuerza es hablar de ellos alguna vez, y esperamos que las intransigentes nos perdonarán si á fuer de leales revisteras, les decimos que los peinados van cada dia subiendo.... un poquito, poco... ¿pero adónde llegará si la Moda no les pone freno con su varita mágica, y les dice: «de aquí no pasarás?» Por ahora resignémonos á verle alto, en castaña lisa ó de cocas, como muestran nuestros lindos figurines especiales de peinados, y con bucles á veces colocados en la parte superior de la cabeza para entrelazarlos con diademas ó cintas griegas de dibujos á cual mas caprichosos. Justo es decir que si á ciertas fisonomías poco animadas y no muy redondas les favorece poco, en cambio las que reunen estas dos condiciones ven realzada su hermosura por la gracia picaresca que les presta el peinado. ¡Tal es la ley de la Moda! Lisongera para con unos, desdeñosa para con otros... Pero ¿de qué le serviría á la mujer su buen instinto, si no supiera entresacar entre unas y otras invenciones lo que conviene á su rostro para estar siempre linda? Basta contemplarlas en un teatro, en una soirée, para conocer que cada una tiene el instinto de burlar á la Moda, usurpándole lo que necesita para estar hermosa.

AURORA PEREZ MIRON.

## INSTRUCCION.

### EL AVE AMIGA DEL HOMBRE.

Así como el perro, es, entre los cuadrúpedos, el amigo mas fiel que poseemos, existe un gracioso pajarillo, que nos distrae en nuestra soledad, nos alegra en medio de nuestra tristeza, y paga nuestros cuidados con solícito agasajo.

Este pajarillo es el canario. En efecto, ¿quién no habrá admirado los ligeros saltos, los alegres píos con que responde á la voz querida de su dueño? ¿Quién no se habrá complacido al ver, como agita la cola y bate las alitas en señal de gratitud cuando adornan su jaula de lozanas hojas?

Vivo, espiritual, inteligente, solo se complace en nuestra sociedad, y es susceptible de domesticarse hasta el punto de comer las migajas de pan en nuestra mano, ó dormir en nuestro seno. Diferente de las otras aves, aunque ha tenido como ellas por patria las inmensidades del espacio, vive feliz y tranquilo en su dorada cárcel, con tal de que se le atienda, se le escuche y acaricie.

Este pajarillo inocente solo quiere amor, solo sabe prodigar amor á cuantos le rodean.

Para agradarnos, despliega todo el lujo de suaves melodías que atesora en su garganta; para agradarnos, remeda nuestro canto y los armónicos ecos de nuestros instrumentos.

Lejos de imitar al altivo ruiseñor, que quiere ser el bardo de las selvas, la presencia de los hombres le estimulaba, y sensible á los aplausos, cuando conoce que le escuchan, prorumpió en mas variados trinos, y procura sobrepujarse á sí mismo.

Canta si el sol derrama sobre la tierra sus puros rayos de oro; canta, si los densos nubarrones cubren con un velo de luto la bóveda azulada. Lo mismo hace oír sus dulces gorjeos en el claustro solitario, ó en el desmantelado tugurio del pobre, que en los salones del rico, y al contrario, muestra una singular predilección por los enfermos y los niños.

Parece imposible que un sér tan diminuto esté dotado de tan rara inteligencia, y si al principio nos deleita, siempre concluimos por amarle.

En la hermosa region en donde la fábula coloca el jardín de las Hespérides, y que los antiguos llamaban Islas Fortunatas, por la pureza de su cielo y la fertilidad de la tierra, tuvo origen este pajarillo amigo, y hé aquí como lo esplican las remotas tradiciones que conservan aun sus habitantes.

Antes de ser descubierto este archipiélago por los navegantes españoles; antes que los guerreros del primer Fernando tremolasen en sus costas la enseña vencedora de su patria, habitaban allí aquellos Guanches, sencillos pero altivos, que dando un raro ejemplo de valor y de heroísmo, supieron preferir la muerte á las cadenas.

De condicion suave y apacible, los Guanches disfrutaban en paz de las delicias que les ofrecía aquel suelo prodigioso, en donde, templado el calor de los trópicos por las brisas del Atlántico y por la humedad de las elevadísimas montañas, se dan las producciones peculiares de los climas mas opuestos. Allí asoman por todas partes entre los pámpanos, aquellos rubios racimos, de que se hace la preciada malvasía, célebre en todo el mundo, y por todas partes el ondulante trigo balancea sus espigas de oro. Allí, mientras en la llanura ostentan su espesísimo follaje los naranjos, limoneros, palmas, plátanos, cañas de azúcar y guayabas; mientras en los bosques entrelazan sus ramas los laureles y las moreras, los almendros y los madroños, cubren las empinadas crestas castaños, nogales, pinos y algodoneros.

Allí los mares que cercan el archipiélago abundan en peces de oro y de esmeralda, pájaros de mil colores pueblan los aires, y juntamente con todos los cuadrúpedos de Europa cruza el camello las sendas de sus bosques.

Sin duda Dios no debió echar su maldición sobre aquellas islas afortunadas, porque allí no existen los reptiles venenosos, ni las fieras que ensangrientan sus fauces en las entrañas de sus víctimas.

En aquel tiempo en que Hércules, el héroe predilecto de la fábula, atravesó los desiertos de la Mauritania y se dirigió á estas islas para matar el Dragon que guardaba el jardín de las Hespérides y robar las tres manzanas de oro, las costumbres de los Guanches, descritas por él, eran puras, sencillas, inocentes como la naturaleza que los rodeaba, y á la cual consagraban su único y fervoroso culto.

Guarecíanse en cuevas espaciosas de los ardores del sol, pero por mañana y tarde se entregaban á los trabajos cam-

pestres, y á las campestres diversiones. Cultivaban la música y la poesía, y los monumentos que se han salvado de las rapacidades del tiempo y de la guerra, contienen algunos geroglíficos, y nos atestiguan su civilización, superior á lo que se pudiera esperar de un pueblo aislado en la vasta estension del Océano.

Adoraban, como hemos dicho, á la Naturaleza, y se tenía por un sacrilegio irremisible manchar sus aras con la sangre de ningún sér viviente.

Los Ministros del culto eran una especie de Vestales, llamadas Mayadas, á las que se tributaban los homenajes debidos á la divinidad; aunque las mujeres en general gozaban de mucho respeto y consideración. También tenían sumo respeto á los muertos, embalsamándolos con esmero, y todavía se han encontrado momias envueltas en pieles de cabra y perfectamente conservadas.

En aquel tiempo, pues, en que la paz, el amor y la fraternidad reinaban allí sin obstáculos, habitaba en la cima del pico de Tenerife una jóven, bella como su cielo, esbelta como sus palmas, vaporosa como las ligeras brumas de sus lagos, y que superaba á los habitantes en el culto de las virtudes tiernas y sencillas.

Aunque habitaba en la cima del monte, y el suelo estaba árido en torno de su palacio, su palacio, que era de cristal, estaba cubierto de flores.

Cana-Aria, que así se llamaba, vivía sola; alados geniecillos la servían: alados geniecillos alumbraban su camino con fuegos misteriosos, si era de noche, ó cubrían su senda de rosas, si era de día. ¿Era acaso hija de los aires? ¿La habían engendrado las aguas, ó era tal vez un puro rayo de sol encerrado en el cáliz de una flor hermosa y perfumada? Tal vez habían concurrido á su formación todos los elementos, porque á todos los dominaba con la magia de su canto.

Cuando se levantaban las olas del Océano, encrespadas y mugientes, amenazando sumergir las balsas de los pescadores, tenían que replegarse otra vez sobre sí mismas, humildes y avergonzadas, á la voz de Cana-Aria, que corría á la playa y entonaba allí sus bellos cantos. A su voz se detenía el rayo en medio del espacio, y enmudecían los soberbios aquilones.

Los Guanches no la llamaban Cana-Aria, la llamaban el Espíritu bienhechor de la montaña, porque infatigable en su compasión, nunca dejaba de acudir al llamamiento del infortunio, y sentándose junto al lecho del enfermo, del triste ó del desvalido, aliviaba con la dulzura de su canto el dolor y la pena de los dos primeros, ó atrayendo á los campesinos en torno de la cueva, que servía de albergue al último, no cesaba de cantar, hasta que, conmovidos y subyugados, se ofrecían á socorrerle.

Así, pues, los tristes y los pobres levantaban sin cesar sus manos suplicantes hácia el escarpado Pico, seguros de que aquella mujer ó hada volaría en su auxilio.

Cana-Aria recorría incesantemente el archipiélago de un extremo á otro cantando himnos de amor y de entusiasmo, y sembrando por todas partes la dicha y la alegría.

Pero llegó una tarde infausta, en que desgajándose repentinamente las nubes, mandaron á la tierra una copiosa lluvia. Engruesados los torrentes, salieron de cáuce, y es-

parciéndose aquí y allá, sembraron de despojos la llanura.

Dos niños de tres á cuatro años de edad estaban jugando con las guijas en el fondo de un barranco. ¿Cómo habían llegado hasta allí? Nadie lo sabía.

Las espumosas cataratas que se precipitaban de vertiente en vertiente iban á descender hasta allí y á sepultarlos; pero ellos no comprendían, no adivinaban el peligro. ¡No comprendían que en aquellas oleadas que descendían de las alturas iba escondida la muerte! Los dos simplecillos las veían llegar, riendo y batiendo las palmas en señal de júbilo!

Los habitantes de aquella comarca, despavoridos y aterrados, rodeaban la boca del precipicio, pero nadie se atrevía á arrostrar una muerte cierta, descendiendo á la sí-ma peligrosa.

—¡Oh, Espíritu bienhechor de la montaña! gritaban en todas partes con plañidero acento.

Cana-Aria apareció entre ellos instantáneamente, sonriendo y tranquila. Vió á los dos niños, vió que las ondas embravecidas avanzaban, despeñándose de roca en roca, y sin vacilar un sólo punto descendió al abismo.

Mas ¡ay! qué se olvidó de cantar! ¡ay! qué dominada por la compasión, se olvidó de emplear la magia de su voz, que constituía su fuerza!

¡Las ondas no la oyeron, y no se detuvieron respetuosas como solían hacerlo!

Ya estrechaba contra su seno palpitante á los dos niños, ya trepando por las piedras resbaladizas iba ganando la cima, cuando el torrente invadió el abismo! Sus aguas se ensancharon, crecieron, y formaron una espesa bruma, que envolvió con un velo todos los objetos. ¡Cuándo pasaron las ondas mugidoras, yendo á sepultarse en las cavidades misteriosas de la tierra, dejaron al descubierto, no muy lejos de allí, sobre un campo de flores los cadáveres de Cana-Aria y los dos niños! ¡Todavía estaban abrazados y parecían dormir!...

Tanto lloraron los isleños á su Bienhechor espíritu, tanto importunaron á la Naturaleza, que ésta, movida á compasión, transformó á Cana-Aria, en la avejilla viva, tierna y melodiosa, que dió despues su nombre al Archipiélago; y que transportada á Europa por españoles y franceses, forma nuestras delicias, embriagándonos con sus dulces cantinelas.

¡De este modo el Espíritu bienhechor de la montaña, ha perpetuado de generacion en generacion sus beneficios, mostrándonos que la semilla del bien nunca se estingue!

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### NO ME OLVIDES.

Recuerdos de Alemania.

#### I.

Las espesas y azuladas brumas que se alzan perezosamente durante la noche en las poéticas riberas del Rhin, ese monarca de los rios, que se desliza por los campos de la Alemania, casi envolvian los pintorescos edificios de la populosa ciudad de Heidelberg en una triste mañana del mes de Noviembre de 1514.

Las ondas del rio contrariadas por no poder copiar el color del cielo, habian paralizado su curso, y las aguas semejaban el empañado cristal de unos ojos á los que falta la animacion de la vida.

El sol luchaba en vano por penetrar la atmósfera, y cual si fuese un niño poseído de enojo que se aleja cuando no vé satisfechos sus caprichos, se remontaba cada vez mas, ocultando su brillante hermosura en diversos grupos de cenicientas nubes.

Las aves no habian abandonado las copas de los árboles ni anunciado el alba como otras veces: permanecían, por el contrario, quietas y silenciosas en sus verdes moradas, defendiéndose con el movimiento de las plumas de las gotas de agua que comenzaban á destilar los vapores de la tierra.

Alguna que otra pequeña barca, sujeta en la orilla por

una cuerda enroscada á los postes de piedras que allí se ven con tanta frecuencia, se balanceaba desierta en medio de aquella calma, sin que la mano del hombre y el impulso de los remos la hicieran correr sobre la superficie.

La tierra es el espejo en que el cielo se mira: es el rostro de la mujer amante donde se retrata la calma ó el enojo de su señor: por eso cuando en el dia cubren la bóveda celeste esas nubes que remedan lo fugaz y pasajero de la vida, la tierra se entristece, las aguas pierden la limpidez de sus cristales, y la naturaleza entera se amortigua como los últimos suspiros de una vida que se estingue. En la noche todo se confunde bajo la capa de las tinieblas, y solo la luna viene de vez en cuando á reemplazar la ausencia del que es origen de la luz y fuente de la alegría del universo.

Mucho tiempo habia pasado desde que las campanas anunciaron á los habitantes de Heidelberg y de sus cercanías la venida de la aurora, y sin embargo el silencio era tan profundo como el que reina en la mansion de los muertos.

De pronto, y por una de las alamedas de abetos que en línea paralela siguen la misma direccion que la orilla del rio apareció un hombre joven todavía, de belleza varonil, envuelto en una capa corta, calzando gruesas botas charoladas, que le cubrían hasta la rodilla, y llevando en la cabeza uno de esos pequeños y elegantes casquetes que son el distintivo de los estudiantes de Alemania. El aire de la mañana movía sus larguísimos cabellos, y la profunda pena que sin duda destrozaba su alma, humedecía sus mejillas con ese dulce consuelo que Dios concede á los que gi-

men bajo la pesadumbre y la amargura de los dolores.

Entonces el joven detuvo sus pasos en el alto cercado, límite de un pintoresco jardín, que rodeaba un edificio de suntuoso aspecto, pero melancólico y sombrío como todo el paisaje. En aquel sitio, testigo también de horas pasadas en secreta dicha, ó de palabras escapadas de los labios de un amante, el viajero se arrodilló besando la tierra que hollaba con su planta, y embebido en el triste encanto de aquella suprema despedida, no pudo ver que una joven, casi una niña, cruzó por la arena humedecida de las calles de árboles, y adivinando la presencia del que lloraba en silencio, arrojó á éste un pequeño ramo de florecillas azules, que fueron á caer cerca de su rostro. Levantóse el joven con indecible ligereza, trató aunque inútilmente de contemplar por última vez la imagen de sus amores hiriéndose las manos con las ramas de los arbustos, que tiránicamente le cerraban el paso, pero todo fué inútil: la sombra había desaparecido, y bien pronto las brumas condensándose mas y mas, envolvieron aquella escena muda, pero tan elocuente como las miradas, que espresan lo que sienten y callan á veces nuestros corazones.

## II.

La hermosura del alma de Laura era mayor todavía que la de su semblante,

Apenas sintió en su pecho ese vago presentimiento de la felicidad suprema que se goza al exhalar el primer suspiro de amor, apenas vió por un momento desarrollarse ante sus admirados ojos el espléndido panorama de la existencia, un hombre murmuró á su oído unas confusas palabras que al principio no comprendió, de la misma manera que no comprendemos el canto de los pájaros, pero que llenan el alma de inefable delicia por su inimitable melodiosa armonía.

Laura amó despues á Franz sin perder nada de su candor ni de su inocencia: Franz la adoraba como los desgraciados á la esperanza que los reanima, y así pasaron muchos meses en los que ambos jóvenes se entregaban á las expansiones de una dicha que vino á arrebatárles el padre de Laura.

Antiguos y reconcentrados odios de familia y la pobreza de Franz eran la barrera que, muy tarde ya, se opuso entre los amantes: las contrariedades repentinas en vez de alejar á los enamorados, son una fuerza impulsiva que los acerca, y mucho mas cuando el cariño ha cambiado el lugar de las almas, colocando la una en el pecho donde habita la otra. Entonces solo Dios con el auxilio de la muerte puede desatar los anudados lazos.

Franz fué rechazado hasta que no se conquistara un nombre y una fortuna, Laura no pudo volverle á ver, y el joven abandonó sus estudios en Heidelberg y marchó á otros países, donde lejos de su amada, y sin el martirio de la ausencia al lado suyo, pudiese alcanzar un poco de oro que necesitaba para satisfacer, no la ambición de la joven, sino el egoismo indómito de su padre.

Por eso le hemos visto decir adios con el llanto de sus ojos á la que á pocos pasos de él arrojaba flores como símbolo de cariñosa despedida.

## III.

Franz no volvía.

Seis años transcurrieron para Laura en la incertidumbre mas cruel.

Su padre habia muerto, y Laura estaba sola en la tierra.

Desde el momento mismo en que partiera su infortunado amante, la pobre niña no habia abandonado su jardín de las orillas del rio, y vagando entre los arbustos esmaltados de flores, preguntaba á los árboles, al arrullo de las fuentes, y á las estrellas de la noche la causa de los desdenes del amado de su corazón.

Muchas veces sentia oprimírsele el alma al escuchar el ruido de unos pasos, el eco de una voz, el de un lamento ó el de uno de esos cantos de la fantástica Alemania; creyendo quizás que habia llegado el momento de estrechar á Franz entre sus brazos, y una noche, sola, en las márgenes del Rhin, y besando apasionadamente esas florecillas azules que nacen entre las aguas, modulaba en un suspiro el nombre de Franz, y Franz sin embargo estaba á su lado radiante de felicidad.

Nada pudieron hablar al reconocerse: hay situaciones en la vida que las palabras son inútiles y pierden su prestigio ante los latidos del corazón.

Dos dias despues Laura y Franz debian unirse para siempre.

La víspera de la ceremonia quiso la joven visitar el paraje donde viera por primera vez á su prometido esposo, para que de este modo fuese el principio y el fin del escabroso camino que habian recorrido con tanta resignacion como firmeza. Franz se apresuró á acceder á los deseos de su amada.

La tarde era calurosa, y el sol doraba ya débilmente los picos de las montañas, que poco á poco tomaban esa tinte azulada, que despues desvanecen las sombras de la noche. Los jóvenes se sentaron en una pequeña colina, cuya falda acariciaban las mansas olas del Rhin, que por allí se ensancha considerablemente.

El eco de las campanillas de los rebaños que iban á encerrarse en los rediles; las voces de los niños que se fatigaban en sus últimos juegos, preparándose á gozar del sueño del cansancio; el ruido monótono de las hojas temblorosas de los árboles que parecían inclinarse con amor hacia el grupo encantador que coronaba la colina; el chapuceo de las aguas movidas por los remeros que bogaban en las barquillas; los pasos de los labradores que bajaban de las montañas vecinas á buscar el reposo en el hogar doméstico; el sonido de las campanas de la catedral de Heidelberg que se dibujaba á lo lejos entre esa niebla que es la diadema de las grandes poblaciones, y la vista del edificio no lejano donde muy en breve habitarían los jóvenes despues de haber desesperado esperando tanto tiempo, todo en misterioso y poético desorden, les trajo á la memoria los pasados dias, evocando ambos los recuerdos de los placeres, de las incertidumbres y de los pesares que habian sufrido.

Iban ya á abandonar la colina cuando Laura distinguió entre las aguas del rio una multitud de las florecillas azu-

les que le sirvieron un día de intérpretes del cariño de su alma. Quiso lanzarse para arrancarlas de su tallo, pero estaban muy distantes, y al notarlo Franz, sin reflexionar en el peligro que corría, se arrojó á las aguas. El anhelo de apoderarse de aquellas flores le llevó hasta un sitio en que sus piés no tocaban la arena: hizo un terrible esfuerzo y se apoderó de ellas, pero al volver á la orilla donde le esperaba Laura, sintió una fuerza superior que le arrastraba hacía el centro de aquel pequeño mar. Oía los gritos de angustia de su amada, y sentía el frío de la muerte, cuando tan próxima estaba para él la felicidad. En medio de su agonía y de la lucha con la poderosa corriente, apretaba de un modo convulsivo entre sus dedos el ramillete, hasta que las fuerzas le abandonaron, y se dejó hundir en las profundidades del abismo. En una de las veces que su cuerpo apareció sobrenadando en la superficie, el joven arrojó las flores á la orilla, y Laura pudo recoger las últimas palabras de su amante, que le dijo:

«Vergieß mein nicht.»

«No me olvides.»

El golpe era demasiado terrible y fué directo al corazón de la pobre niña, cuya alma voló á los pocos días á reunirse con la de su amante.

En el mismo sitio en que presencié la muerte de Franz, construyóse la sepultura de Laura, sobre la cual los escultores fabricaron de mármol blanco un ramo de flores iguales á las que brotan á la orilla del Rhin, esculpiendo en derredor una inscripción con las palabras del desgraciado Franz.

Desde entonces la poética imaginación de los alemanes eligió la flor como símbolo de eterno cariño, y la dió el amoroso nombre de *No me olvides*.

F. CALVO Y TERUEL.

#### LAS AVES DEL GÓLGOTA.

##### I.

Desde el mar de las arenas,  
Desde el Africa bravia,  
Quizá de recuerdos llenas  
Las golondrinas serenas  
Vuelven á la patria mia.

Dejan con tranquila calma  
La inmensidad del desierto,  
Cuna de la esbelta palma,  
Y en las playas de otro puerto  
Buscan recuerdos del alma.

Al rumor de sus cantares,  
Y al estrépito sonoro  
Que lanzan los anchos mares,  
Vienen en revuelto coro  
A buscar nuestros hogares.

Los que alejarse las vieron  
Se cansaron de esperar,  
Y siempre las recibieron  
Como hermanos que se fueron  
Y que tornan á su hogar.

El mar con gigante grito

Las dibuja en su color,

Cual aves del infinito

En cuya pluma hay escrito

Un recuerdo del Señor.

Que en esa pluma rizada,

Triste cual la muerta luz

De una tumba abandonada,

Está la huella sagrada

De su paso por la Cruz.

##### II.

¿Qué buscan esas aves

Cuyos cantos suaves

Múscas nos recuerdan del Eden?

¿Qué buscan esas aves voladoras

Que del Africa errantes moradoras,

Hoy nuestros ojos con amor las ven?

En su amoroso anhelo,

En su enlutado y fúnebre capúz,

Algo nos dicen que recuerda el cielo,

Cuando en su fácil y torcido vuelo

Buscan la Cruz.

##### III.

Golondrinas, golondrinas,

Que á la sien del Nazareno

Arrancásteis las espinas;

Alzad el vuelo sereno

Por valles y por colinas.

Del Señor la frente rota,

Lanza, entre dolor profundo,

Sangre que á torrentes brota,

Y que al rodar gota á gota

Lava las culpas del mundo.

La serpiente del pecado

Silba y se arrastra en la tierra,

Se rasga el velo sagrado,

Y rompe el Resucitado

El sepulcro que lo encierra.

Por eso las golondrinas

Que en la sien del Nazareno

Arrancaron las espinas,

Cantan en tropel sereno

Por valles y por colinas.

Sí, que en su pluma rizada,

Triste cual la muerta luz,

De una tumba abandonada

Está la huella sagrada

De su paso por la Cruz.

A. F. GILLO.

## LA CIENCIA DEL CORAZON.

## CONTINUACION.

El doctor, víctima del mayor asombro, preguntó con qué derecho se tomaba con él tan arbitraria determinación, no ocultándole el Cónsul, su amigo, que la orden procedía del mismo Gobierno francés, atribuyendo su origen á algun negocio de política.

Replicó el doctor que él no se ocupaba de los negocios públicos, que durante su permanencia en Francia no había vivido mas que para la ciencia, terminando el diálogo con rogarle el Cónsul, que cuanto antes obedeciese la orden que le comunicaba.

Cuando me referia todo esto, el doctor Miranda exclamó:

—Pero ¿qué es esto? ¿en qué país vivimos? ¿Estamos en Francia ó en Turquía?

—Oh! el derecho, el derecho de autoridad, exclamé. Pero hablando seriamente, pues vos estais seriamente, y con razon, aflijido, ¿de qué puede proceder esta orden? ¿Habeis hablado mal del Gobierno?

—Ya me he preguntado eso mismo cien veces, y no tengo nada de qué acusarme. Además el motivo debe ser mas misterioso cuando el Cónsul no me le ha comunicado con la orden de dejar la Francia.

—Vos debiais dejarla dentro de algunos meses, dije yo queriendo consolar su pesar.

—Dentro de algunos meses sí, dentro de tres meses! Todos mis negocios, todos mis deseos estarian realizados; pero ahora es imposible, no partiré!

—Pero entonces os espondeis....

—Os digo que no partiré!

—Y ¿cómo podreis resistir? ¿qué razon dareis para oponeros á un poder mas fuerte que el vuestro?

—Qué razon, y vos me la preguntais? vos que la conocéis tan bien como yo.

—La jóven loca?

—Sí, me replicó con voz firme el doctor.

—Qué? Vuestro proyecto sería....

—Casarme con ella. Ya se lo dije hace algun tiempo á Mr. Fontenay.

—Mr. Fontenay no es padre ni hermano de la jóven: no pertenece á su familia, y precisamente la familia es quien ha de allanar las dificultades, ya que vos os obstináis en uniros á una jóven privada de razon.

—Yo le devolveré su razon mas sólida que nunca; pero decís bien, su familia....

—La vuestra misma ¿consentirá?

—Yo soy libre, y además mi padre no se opondría nunca á mi voluntad en un asunto tan delicado.

—Pues entonces con su familia es con quien debisteis contar, y á propósito: ¿seguís ignorando quién es su familia?

—Sí, lo ignoro, he ahí la fatalidad! Por un instante, creí que Mr. Vanneau era su tío; esta evidencia se ha desvanecido entre mis manos; me han probado que me engañó

un extraño parecido, y la hija de ese otro pensionista de la casa al reconocer á su compañera la ha dado otro nombre. ¿Cuál de los dos es el suyo? Cuando le cito el que le da su compañera, sonrío en vez de rechazarle, y no obstante, en su rostro se pinta la impresion de haberme visto en otra parte, cuyo sitio no recuerda sin duda: ¡ah! en todo esto, Morel, no hay nada cierto mas que mi amor; amor fundado en su belleza, en su distincion, en la desgracia que turba su razon. Ah! no puedo abandonarla; salvarla, hacerla mi esposa, es la conquista mas preciosa de mi orgullo de amante y de médico.

—Muy bien, muy bien, dije á Mr. Miranda cuando acabó su himno al amor; pero vuelvo á deciros lo que os dije antes, es preciso que os pongais en comunicacion con esas dos familias que se os presentan.

—No quiero mas que una.

—Justo, la que os conceda la mano de la mujer que amais.

—Si en efecto es la sobrina de Mr. Vanneau que la tiene prometida á Mr. Delgrave, inútil es que solicite su mano.

—En ese caso os dirijís á la otra familia.

—Qué otra familia? qué diablos quereis decir?

—Pues que se llama Eloisa, para la hija de Mr. Vidalin, no es la sobrina del banquero: pertenece á otra familia.

—Sí, Eloisa, Eloisa.... qué?

—Una idea: id á la calle de Picpus, recorred todos los colegios que en ella existan....

—Proseguid, replicó el doctor con incrédula sonrisa.

—Preguntad en todos ellos por una discípula que se llama Eloisa.

De nuevo fui interrumpido por el doctor Miranda, que exclamó con desaliento:

—Cuanto me aconsejais está hecho.

—De veras, y qué?

—He visitado los ocho colegios que hay en esa calle; ocho!

—Bien, y el resultado?

—Desde hace tres años, entre los ocho se cuentan ciento veinte y siete discípulas llamadas Eloisas.

—Ciento veinte y siete!

—Ahora decidme, ¿cuál de las ciento veinte y siete Eloisas es la mia?

—En efecto, es imposible saberlo; pero tengo otra idea.

—Veamos, mi querido Morel, veamos.

—No es la hija de Mr. Vidalin la que ha reconocido á su compañera? pues id á verla, y ella quizá....

—Ya la he visto en el mismo colegio con pretexto de llevarle noticias de su padre.

—Y qué os ha dicho?

—Que estaba segura en efecto de haber reconocido en la jóven del núm. 16 á una compañera de colegio llamada Eloisa; pero que nunca supo su apellido, lo cual es muy frecuente en un colegio, donde solo la directora suele saber el apellido de las niñas, y la directora de aquella época ha sido reemplazada por otra que no ha conocido á la Eloisa en cuestion.

—De modo que nada habeis podido descubrir?

—Nada, nada!

—Porque no os informais de la misma jóven.

El doctor Miranda me interrumpió con dignidad diciendo:

—He dado palabra de honor de no dirigir á esa jóven la menor pregunta respecto de su familia.

—Sí, el doctor Fontenay lo ha exigido.

—Sí, el doctor, que debe saber todo lo que nosotros ignoramos.

—Si le rogáseis que os lo dijera. Sé que su discreción...

—Nada me diría, creería comprometida la dignidad de la casa en esa revelación: el doctor se encierra en su deber como en un círculo de hierro, y se dejaría matar antes que perder la opinión de severidad que le caracteriza.

—Entonces partireis sin averiguar....

—Yo partir? nunca! Cuanto mas se oscurecen las tinieblas que me rodean, mas crece mi deseo de penetrarlas. Yo haré que esta niebla se desvanezca, y nuevo gigante de los mares me opondré á su furia y sabré recorrer los de este misterio.

—A nada hay que oponerse aquí; no hay mas que penetrar las tinieblas.

—Sí, hay que oponerse á la orden infusa que me arroja de Francia.

—Bien, pero la autoridad....

—Nada me impone cuando obra con injusticia.

—Emplearán contra vos la violencia.

—Con la violencia responderé; llevaré siempre armas conmigo.

—Tened cuidado!

—Tranquilizáos: además aun tengo un medio.

—Ese medio?

—Le sabreis mas tarde.

—Es un secreto?

—Morel, no se renuncia fácilmente á una idea acariciada, y mas cuando esta idea ha producido una pasión. Solo Dios puede destruir las pasiones, y Dios que no destruye nunca lo que crea, es quien ha puesto en mí este sentimiento, á la par que el de la fé y el honor.

## XV.

Después de una pausa exclamé:

—Doctor, os ofendería oír una nueva opinión mía?

—Hasta aquí, mi buen Morel, no me habíais propuesto mas que lo que ya tenía ya ejecutado sin éxito; pero hablad, siempre oigo con gusto vuestra opinión.

—Si fueseis á ver al doctor Fontenay...

—Volveis á insistir?

—Sí.

—No hemos convenido en que por él nada adelantáramos?

—Escuchadme, Mr. Miranda. Teneis un temperamento mas ardiente de lo que reclama vuestro carácter de médico, y poseéis el secreto de arrastrar á las naturalezas apáticas como la mía, á vuestra esfera de acción; esto es lo que ha sucedido. Me he dejado arrastrar por vuestro frenesí, sin advertir que hay dos cosas distintas que vos confundís de un modo lastimoso. La primera es la orden brutal que os

obliga á dejar la Francia, y principiando á hablar de ella, concluís por no hablar mas que de la familia de la jóven loca, que es la segunda cuestión, muy inferior á la primera. Cuando he convenido en que al doctor Fontenay no debíais hablarle nada de la jóven, no convenia en que no debíais confiarle la orden que os aleja de París; habeis barajado los dos hechos. El doctor Fontenay que no os dirá una palabra de un asunto, os aconsejará sábiamente en el otro; utilizará sus buenas relaciones en provecho vuestro, y estoy seguro de que no os arrepentireis de haber apelado á su buen sentido y á su grande influencia.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## Explicación del Figurin, núm. 809, bis.

NUM. 1. *Cofia* de guipure de Cluny, montada sobre cinta cereza, adornada por delante de lazadas de la misma cinta, mezcladas entre el encaje, y con bridas de cinta, orilladas de guipure.

NUM. 2. *Gorra* de nanzouk con ala de tul de Bruselas, y guarniciones á la cara encañonadas, orilladas de puntilla: una escarapela de encaje ocupa el centro del fondo de nanzouk.

NUM. 3. *Otra idem* de muselina, de fondo caído, y ala formada por dos bullonados de tul moteado, separados por entredoses bordados: guarniciones encañonadas por delante.

NUM. 4. *Cuerpo* de muselina, plegado y adornado por delante con cuatro entredoses de encaje: el cuello, de encaje tambien, es alto y la manga terminada en el bajo por entredoses.

NUM. 5. *Cuerpo* de organdí, adornado por cinco entredoses de guipure, dibujo de medallones, tres unidos delante y otro en tirante desde cada hombro: cuello vuelto de guipure y manga recta con entredoses en la costura exterior, con cartera y guarnición de encaje al canto.

NUM. 6. *Falda* de recien nacido, adornada por volantes de la misma muselina, encañonados, que bajan en delantal redondeándose, y de un doble volante por delante, en el bajo, desde el que suben verticales, tres entredoses, rodeados de puntilla: cinturón azul, con escarapela.

NUM. 7. *Cuello* magistrado, de batista, guarnecido de encaje, y puño correspondiente.

NUM. 8. *Cuello y manga*, de pico, de forma puntiaguda, con bordado de plumetis en las puntas del primero.

Por lo no firmado: el Director

y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.